

Oración de la mañana. Lunes 27

Como lluvia que empapa la tierra



CANTO: [“Sed de Ti”](#) (Salomé Arricibita)

SALMO 42,1-6

Como busca la cierva las corrientes de agua,
así, Dios mío, te busca todo mi ser.

Tengo sed de Dios, del Dios vivo.
¿Cuándo entraré a ver el rostro de Dios?

Las lágrimas son mi alimento día y noche,
mientras me repiten todo el día:
¿Dónde está tu Dios?

Me lleno de nostalgia al recordar
cómo entraba en el recinto,
e iba hacia el templo de Dios,
en medio del pueblo en fiesta,
entre gritos de júbilo y acción de gracias.

¿Por qué estoy abatido?
¿Por qué me siento turbado?
Esperaré en Dios y volveré a darle gracias,
pues él es mi salvador y mi Dios.

ORACIÓN:

Señor, Señor,
¿por qué te escondes de mí de esa manera?

Te llamo con todas mis ansias
Te busco en todas direcciones
Grito desesperadamente hacia Ti
Me ofrezco a Ti por entero...

¿Qué más quieres?
¿Acaso vas a negarte
indefinidamente a escucharme?

Hijo mío, deja de agitarte de ese modo.
¿Cuándo vas a comprender
que no eres tú quien me busca,
sino Yo quien te llamo desde siempre;
que no eres tú quien me ora,
sino Yo quien intenta sin descanso
hacerme oír por ti;

Que no eres tú quien me desea,
sino Yo quien aspira a ti infatigablemente;
que no eres tú quien me llama,
sino Yo quien, día y noche, llama a tu puerta?

Tus oraciones y tus súplicas
no son sino respuesta a las que yo te dirijo.

Y es que el hambre que tienes tú de Mí
jamás podrá compararse
al hambre que Yo tengo de ti.

La sed que tienes tú de Mi agua
no se aplacará jamás
si no aprendes, en el silencio
a venir a beber de Mi fuente
sin desear ninguna otra.

LECTURA: [Is 55, 1-11](#)

Así dice el Señor:

«Oíd, sedientos todos, acudid por agua, también
los que no tenéis dinero: venid, comprad trigo,
comed sin pagar vino y leche de balde.
¿Por qué gastáis dinero en lo que no alimenta, y el
salario en lo que no da hartura?

Escuchadme atentos, y comeréis bien,
saborearéis platos sustanciosos.
Inclinad el oído, venid a mí: escuchadme, y
viviréis.

Sellaré con vosotros alianza perpetua, la promesa
que aseguré a David: a él lo hice mi testigo para
los pueblos, caudillo y soberano de naciones; tú
llamarás a un pueblo desconocido, un pueblo que
no te conocía correrá hacia ti; por el Señor, tu
Dios, por el Santo de Israel, que te honra.

Buscad al Señor mientras se le encuentra,
invocadlo mientras esté cerca; que el malvado
abandone su camino, y el criminal sus planes; que
regrese al Señor, y él tendrá piedad, a nuestro
Dios, que es rico en perdón.

Mis planes no son vuestros planes, vuestros
caminos no son mis caminos –oráculo del Señor–.
Como el cielo es más alto que la tierra, mis
caminos son más altos que los vuestros, mis
planes, que vuestros planes.

Como bajan la lluvia y la nieve del cielo, y no
vuelven allá sino después de empapar la tierra, de
fecundarla y hacerla germinar, para que dé
semilla al sembrador y pan al que come, así será
mi palabra, que sale de mi boca: no volverá a mí
vacía, sino que hará mi voluntad y cumplirá mi
encargo.»

COMO LLUVIA QUE EMPAPA LA TIERRA (Is. 55,1-11)

“Oíd sedientos todos. Y en ese “todos y todas” estamos incluidos cada uno de nosotros. Decíamos anoche: “Llegamos a Nanclares con nuestra sed particular”. No hace falta que nuestra situación sea angustiosa o desesperada. Es más, muchas veces la sed brota del recuerdo agradecido de Quien sabemos que está siendo en nuestra vida: manantial inagotable. Y por eso venimos con tantas ganas y con tanto gusto a volver a beber.

A veces la sed es la necesidad de beber de esa agua de cada día que nos permite seguir vivos por dentro y no sólo sobrevivir, aguantar como podemos. Otros, traemos una sed muy grande de descansar, de descansar profundamente, de tener un tiempo para recomponernos, para volver a la sensación de que nuestra vida sigue estando en buenas manos. Para volver a beber del agua inagotable de su fidelidad. Algunos puede que vengamos con esa sed que producen las heridas abiertas o las tristezas intensas o las reconciliaciones pendientes.

En ese “sedientos todos” estamos todos incluidos. Yo soy uno de ellos. Y a todos se nos hace el mismo anuncio y la misma oferta: “Acudid por agua, incluso los que no tenéis dinero”, los que andáis justitos de fuerzas, de salud, de esperanzas o de fe. “Bebed sin pagar, vino y leche de balde”.

Extrañamente, aquí surge la primera dificultad. Que no estamos acostumbrados a recibir tanto y tan gratis. Desconfiamos. Casi preferimos aquello que hemos conseguido con nuestro esfuerzo. Aquello que requiere el precio de nuestros afanes y preocupaciones.

Y entonces Isaías se lleva las manos a la cabeza y nos suelta a bocajarro: “Pero, bueno, ¿por qué gastáis dinero en lo que no alimenta y salario en lo que no da hartura? ¿Por qué andáis acumulando un poco de agua de aquí y otro poco de allí, para ir tirando, cuando existe una fuente capaz de calmar vuestra sed del todo?”.

La buena noticia de estos días es que esa fuente existe y que esa fuente tiene agua suficiente, agua fresca, agua limpia como para calmar nuestra sed, limpiar nuestras suciedades, aliviar nuestras heridas y alegrar con su correr nuestra vida.

Por eso el profeta apremia: “Oíd, venid, buscad al Señor mientras se deja encontrar... invocadlo mientras está cerca”. Y estos días precisamente el Señor va a estar cerca, va a dejarse encontrar. Él no tiene ninguna intención de jugar al escondite con nosotros. Ni de fastidiarnos con su ausencia. Pero, atención, quiere ser buscado, quiere dejarse encontrar, tal como es. No tal como nos lo fabricamos nosotros. Y es que sólo nos salva Aquel a quien dejamos ser quien realmente es.

Quiere hacernos entender que “sus caminos no son los nuestros, que nuestros planes no son sus planes”. Que sus caminos, a veces, a nosotros nos resultan muy extraños, muy desconcertantes, no los entendemos. E incluso nos descolocan del todo... hasta que el Señor nos da el poder caminar de su mano y andar con Él sus caminos. No para entenderlos con nitidez, niño para recorrerlos con sentido, con esperanza, con toda la confianza puesta en Él. Hasta darnos cuenta de que sus caminos, afortunadamente que eran más altos que los nuestros. Y por eso tenían más perspectiva, más horizonte. Desde ahí se veían cosas que desde aquí no siempre vemos.

Estos días se nos invita –siguiendo el texto de Isaías- a ser esa tierra que recibe el agua de la lluvia. Se nos invita a ser tierra porosa para poder ser tierra agradecida. Tierra sedienta para poder ser tierra saciada.

No se habla aquí de esas tormentas que descargan grandes cantidades de agua, de golpe. Y que lo único que hacen es arrastrar la tierra. Nos son buenas para ella. Cae mucha agua pero sólo remueve la tierra. No calan. No acudimos aquí con la expectativa de que estos días ocurran experiencias extraordinarias, sorprendentes, sino que venimos a recibir despaciosamente la presencia de Dios sobre nosotros y sus palabras. Y acaso en su sobriedad, esto sea realmente lo más extraordinario y lo más sorprendente que pueda ocurrirnos. Y lo que esa lluvia provoque en nuestro corazón y en nuestra vida, eso es cosa suya.

Por si fuera poco, se nos asegura que esta escucha porosa, atenta, sedienta por parte nuestra, no va a quedar vacía y baldía. Se nos dice que esta tierra que se empapa de la Palabra de Dios, que acoge en su seno la presencia del Señor, que recibe la lluvia de sus dones, tiene el poder de hacer nuestra vida fecunda.

El Señor se compromete a que esa palabra que sale de su boca, si encuentra tierra porosa en nosotros, “no va a volver a Él vacía, sino que hará su voluntad y cumplirá su encargo. Y dará semilla al sembrador y pan al que come”. Nuestra oración de hoy es: “Señor, ablanda los terrones de tierra dura que voy a encontrar en mí. Echa fuera mis piedras y mis cardos para que, desprotegidamente, pueda recibir gota a gota, la lluvia de tu presencia, de tu palabra y de tu amor, durante estos días. Hazme tierra porosa para Ti, mi Señor”.